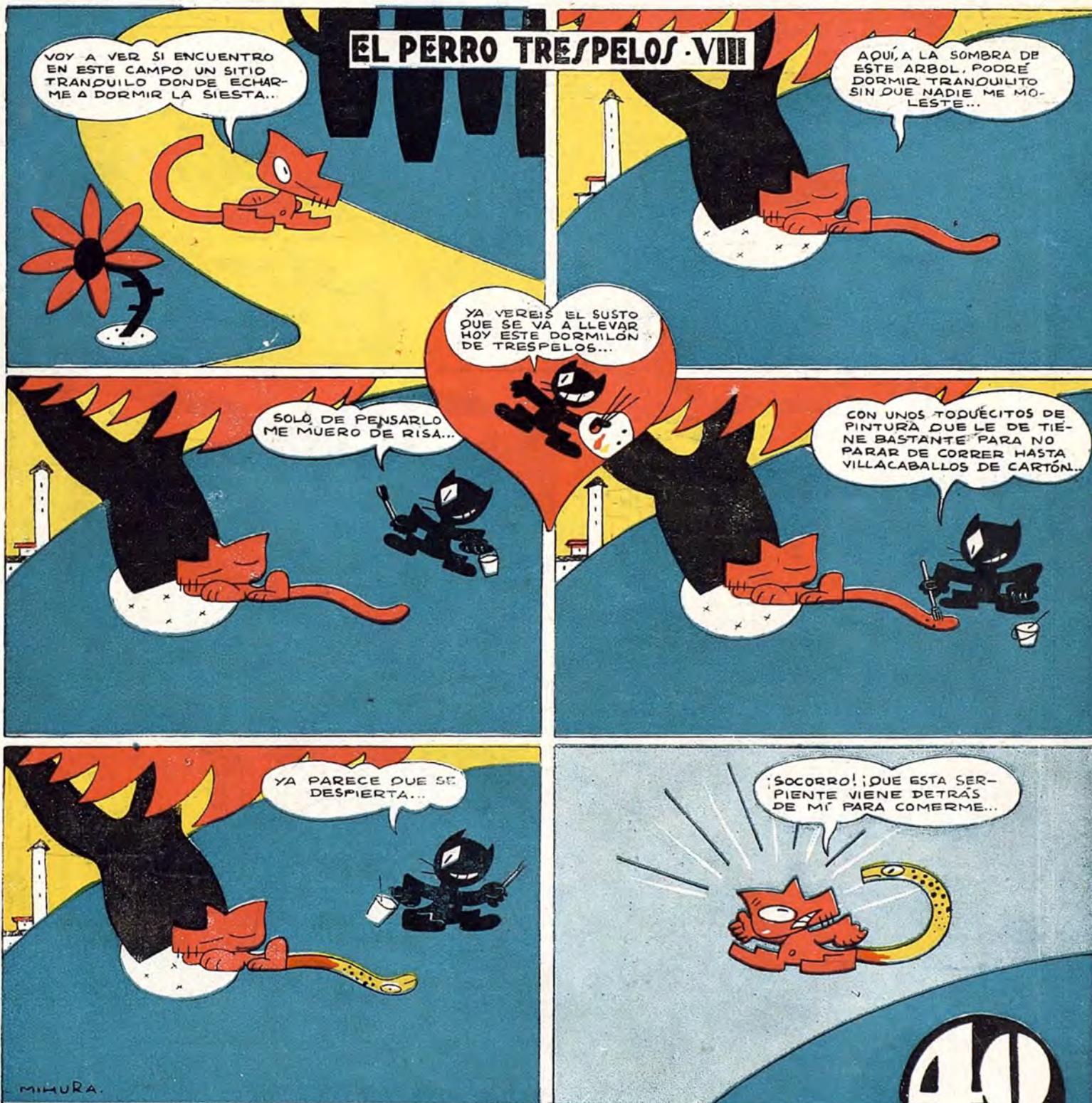


# el perro, el ratón y el gato...

semanario de las niñas,

8

los chicos los chicos y las muñecas



40 Cts

# El Niño Carloto Perra va a dar la vuelta a la Tierra



ESOS VAN A DAR LA VUELTA AL MUNDO... Y YO CON ELLOS. ME METO EN LA JAULA Y SOY UN POLIZON.



NO LLEVAMOS MAS QUE LO PRECISO ¿VERDAD?

NATURALMENTE

A VER SI ME LLEVAN A MARTE, A PASAR LA TARDE

¿Y PARA QUE LLEVARAN ESTE CANARIO MIS JEFES?



OYE: ESTE APARATO LLEVA PESO DE COLA.

¡ADIÓS! ME VEO EN GLOBO.



¡ALLA VA ESE POLIZON CON TRAJE A CUADROS!

¿NO DECIA YO QUE ME VEIA EN GLOBO?



¡EH! ¡EH! UN HOMBRE ENJAULADO... ¡A POR EL!

NO SE SI SOY YO Ó ES LA TIERRA LA QUE ESTA ABAJO.



TAMPOCO ES MAL PILOTO ESTE CABALLERO

PUESTO QUE ELLOS NOS HAN TENIDO TANTO TIEMPO ENJAULADOS A LOS PAJAROS, AHORA TENGAMOSLE NOSOTROS A ESTE CARLOTO...



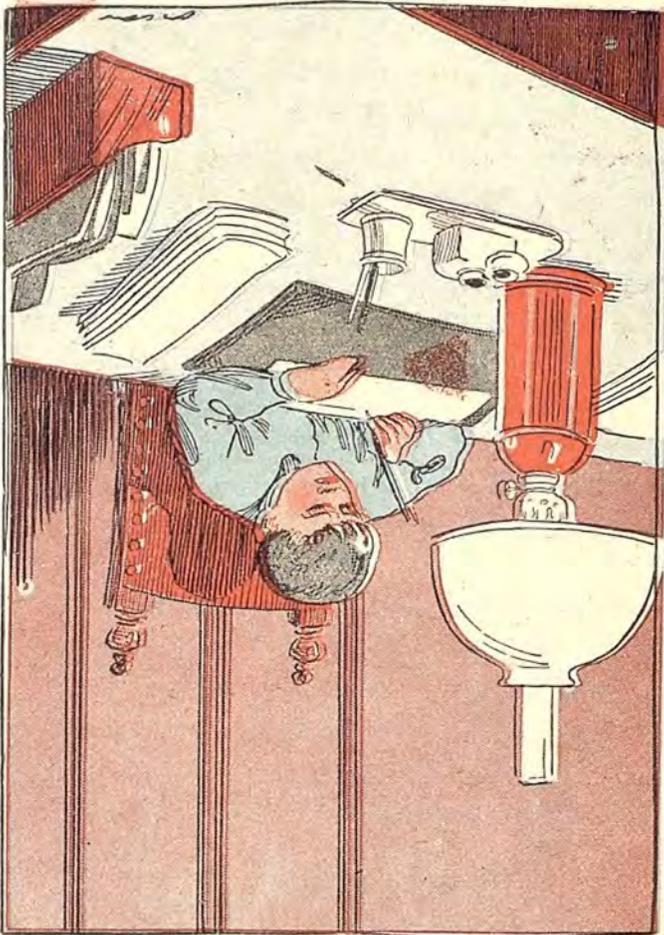
VEN QUE TE RASQUE, PERSONITA...

MUY BIEN. ASI HACIAN ELLOS CON NOSOTROS

EL CASO ES QUE NO ME FIGA, PERO EN FIN...



QUISIERON MOLESTARME CON ESTO DE COGERME, Y ME SALVARON DE UN GOLPE. TODO, GRACIAS A LA JAULA. VEREMOS EL DOMINGO COMO ME ESCAPO.



Todas las esperanzas de la familia se cifraban en ti. Estoy muy descontento. ¿Comprendes?

A este único regaño, el verdaderamente severo que había recibido, el muchacho se turbó.

—Sí, cierto—murmuró entre dientes—; así no se puede continuar; es menester que el engaño concluya.

Pero la noche de aquel mismo día, en la comida, exclamó con alegría su padre:

—¡Sabed que en este mes he ganado en las fajas treinta y dos pesetas más que el mes pasado!

Y diciendo esto sacó a la mesa un cartucho de dulces que había comprado para celebrar con sus hijos la ganancia extraordinaria, que todos acogieron con júbilo. Entonces Julio cobró ánimo y pensó para sí: “¡No, pobre padre, no cesaré de engañarte; haré mayores esfuerzos para estudiar mucho de día; pero continuaré trabajando de noche para ti y para todos los demás!” Y añadió el padre:

—¡Treinta y dos pesetas!... Estoy contento... Pero hay otra cosa—y señaló a Julio—que me disgusta.

Y Julio recibió la reconvención en silencio, con-

El hijo sabía que con su padre era inútil insistir de ello. El hijo sabía que con su padre era inútil insistir en aquellas cosas, y no insistió. Pero he aquí lo que hizo. Sabía que a las doce en punto dejaba su padre de escribir y salía del despacho para la alcoba. Alguna vez lo había oído: en cuanto el reloj daba las doce, sentía inmediatamente el rumor de la silla que se movía y el lento paso de su padre. Una noche esperó a que estuviese ya en cama, se vistió sin hacer ruido, anduvo a tientas por el cuarto, encendió el quinqué de petróleo, se sentó en la mesa del despacho, donde había un montón de fajas blancas y la indicación de las señas de los suscriptores, y empezó a escribir, imitando todo lo que pudo la letra de su padre. Y escribía contento, con gusto, aun-que con miedo; las fajas escritas aumentaban, y de vez en vez dejaba la pluma para frotarse las manos; después continuaba con más alegría, atento el oído y sonriente. Escribió ciento sesenta: ¡cerca

—No, hijo, no; tú debes estudiar; tu escuela es cosa mucho más importante que mis fajas; tendrías remordimiento si te privara del estudio una hora; lo agradezco, pero no quiero; y no me hables más

mos el día 2 de enero de 1492. Boabdil entregó las llaves de la ciudad a los Reyes de España, y un suspiro, dicen los que estaban próximos, que se le ahogó en el pecho, y le salió en llanto a los ojos. Y otros, hasta dicen que unos labios femeninos se acercaron a su oído, y le dijeron: “Llora como mujer, ya que no te has sabido defender como un hombre”...

—¿Y era ése del caballo blanco?

—Ese era, sí. Estoy seguro...

El moro se sentó a descansar, y yo seguí como hacia Murcia; pero lo que hice fué montar en mi escoba, y venirme hacia 1930 a escribir estas páginas para mis lectores.

Pero el padre respondió:

que escribo regular, tanto como tú.

—Papa, déjame trabajar en tu lugar; tú sabes

El hijo le dijo un día:

pacación de noche acaba conmigo.

—Estoy perdiendo la vista—decía—: esta ocu-

milla a la hora de comer.

saba, y se lamentaba de ello a menudo con la familia a la hora de comer. Pero esta tarea le caracteres grandes y regulares. Pero esta tarea le causaba nientas de aquellas tirillas de papel escritas en cada suscriptores, y ganaba tres pesetas por cada quilibro y periódicos, había recibido el encargo de escribir en las fajas el nombre y la dirección de los timamente, de cierta casa editorial que publicaba descansar en su mesa buena parte de la noche. Allí trabajos extraordinarios de copista, y se pasaba sin tenía en su destino, se buscaba a la vez aquí y allá des de la familia, además del mucho trabajo que ramente. Con efecto, para proveer a las necesidades trabajo le había también envejecido prematuramente. Era ya de avanzada edad el padre, y el ejercicio de su profesión, el padre le exhortaba siempre a estudiar mucho en poco tiempo; y aunque el muchacho

# EL PEQUEÑO ESCRIBIENTE

por EDMUNDO DE AMICIS

*Edmundo de Amicis es una de las figuras a quienes los niños deben guardar un amor hondo. Es uno de los escritores que con más atención se ha fijado en el chiquillo.*

*Su libro "Corazón (diario de un niño)", estudia los defectos y elogia las cualidades de los niños con un sentimiento dulce y a veces agrisado.*

*Era italiano. Nació en 1846 y murió en 1907. Sentía gran predilección por los niños españoles.*

Estaba en cuarta clase. Era un gracioso florentino de doce años, de cabellos rubios y tez blanca, hijo mayor de cierto empleado de ferrocarriles que, teniendo mucha familia y poco sueldo, vivía con suma estrechez. Su padre lo quería mucho, y era bueno e indulgente con él; indulgente en todo menos en lo que se refería a la escuela: en esto era muy exigente y se revestía de bastante severidad, porque el hijo debía ponerse pronto en disposición de obtener otro empleo para ayudar a sostener la familia; y para valer algo pronto, necesitaba tra-

una vez, cenando, se le ocurrió esta observación:

Su padre seguía también sin advertir nada. Sólo trabajar. Y lo mismo siguió haciendo varias noches, se levantó otra vez y se puso a

Alentado con el éxito, la noche siguiente, en cuando se rejuvenecido. ¡Animo, pues!

proporcionado también esta satisfacción: la de creer. —¡Pobre padre! Además de la ganancia, le he

Julio, contento, mudo, decía entre sí:

está ágil, y los ojos cumplen todavía con su deber. un tercio más de lo que acostumbraba. La mano aún dor es tu padre! En dos horas ha trabajado anoche —¡Eh, Julio—le dijo—, mira qué buen trabajo-

hombre de su hijo:

mesa con buen humor, y poniendo la mano en el las escritas hasta el día siguiente. Sentados a la horas, pensando en otra cosa y no contando las hacia aquel trabajo mecánicamente, contando las mesa de buen humor. No había advertido nada. Aquel día, a las doce, el padre se sentó a la puntillas.

de estaba, apagó la luz y se volvió a la cama de de una peseta! Entonces paró; dejó la pluma don-

—¡Es raro; cuánto petróleo se gasta en esta casa de algún tiempo a esta parte!

Julio se estremeció; pero la conversación no pasó de allí, y el trabajo nocturno siguió adelante.

Lo que ocurrió fué que, interrumpiéndose así el sueño todas las noches, Julio no descansaba bastante; por la mañana se levantaba rendido aún, y por la noche, al estudiar, le costaba trabajo tener los ojos abiertos. Una noche, por la primera vez en su vida, se quedó dormido sobre los apuntes.

—¡Vamos, vamos!—le gritó su padre dando una palmada—. ¡Al trabajo!

Se asustó y volvió a ponerse a estudiar. Pero la noche y los días siguientes continuaba la cosa lo mismo, y aun peor: daba cabezadas sobre los libros, se despertaba más tarde de lo acostumbrado, estudiaba las lecciones con violencia, y parecía que le disgustaba el estudio. Su padre empezó a observarlo; después se preocupó de ello, y al fin tuvo que reprenderle. Nunca lo había tenido que hacer por esta causa.

—Julio—le dijo una mañana—, tú te descuidas mucho, no eres ya el de otras veces. No quiero esto.

Este ejemplar pertenece a .....

## El Ratón Bombón

### VIII. El secreto de mi escondite.

Cada vez que me pongo a escribir para mis lectores, siento una gran alegría. Vosotros no sabéis la satisfacción que eso me produce.

Únicamente me apena una cosa: que vosotros no seáis ratones, o que yo no sea niño; porque lo hubiera pasado muy bien con vosotros.

Casi todas las noches, antes de dormirme, lo pienso así.

Pero, bueno, vamos a continuar mis aventuras. ¿Vosotros creéis que el odio de aquel sabio que descubrió que yo no era canguro me asustó?... Un momento, sí; pero luego se me pasó, y seguí la broma.

Al día siguiente vinieron nuevos visitantes, y volví a imitar al canguro, mientras él se escondía en el fondo de su estancia.

Avisaron a los empleados de la Casa de fieras, porque aquello era una burla, y los empleados pusieron cepos, para que yo cayera.

¡A mí con cepos!... Hasta me gustaba saltar por encima, porque ello resultaba muy emocionante y deportivo.

Si los hacía saltar y cerrarse con un palito largo, no era por mí, sino por los inocentes pajarillos que entran en las jaulas.

Después, cada vez más desesperados los empleados, porque la gente se divertía mucho conmigo y porque había muchos que les decían que el canguro era pequeñito y estaba raquítrico porque no le daban ellos bien de comer, decidieron tapar todos los agujeros del muro de la jaula que pudieron ser ratoneras. Lo hicieron, y se fueron luego diciendo:

—En alguno de esos agujeritos se tiene que haber quedado metido para siempre.

Pero al día siguiente vieron que el público se reía otra vez a carcajadas frente a la jaula del canguro, y que allí estaba *Bombón* con la broma ya pesada de siempre.

¡Cómo me divertía yo, cómo se reían los chicos, cómo le chocaba a la gente, cómo sufrían los empleados y cómo se revolcaba de risa el canguro!...

Nadie se daba cuenta de que mi escondite, mi ratonera, no estaba en la pared, sino en el canguro mismo, pues ya sabéis que las hembras tienen como una bolsa o bolsillo en la tripita, para esconder y llevar a sus niños, y en esa bolsa era donde me escondía yo cuando venían corriendo detrás de mí los empleados.

¡Y qué bien lo disimulaba el amigo!...

Pero resultó que la señora Canguro esperaba tener unos hijitos para dentro de cuatro o cinco días, y tenía que preparar ese cuartito de guardarlos.

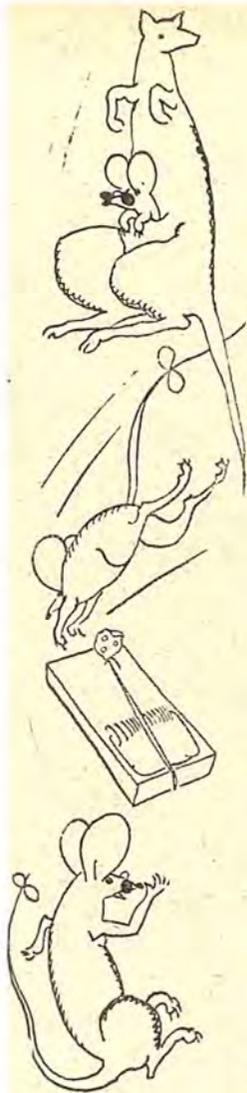
Ella no quería que yo me fuera. Solía decirme:

—Quédate con nosotros. Sabrás divertirlos con tus bromas, y los chicos lo pasarán bien. Te cuidaré como a un sobrino, casi como a un hijo...

Pero no quise. Los dejé que fueran felices en familia. Además, a mí me gusta ser libre. Claro que algunas veces he vuelto a visitarles. ¡Son tan *salaos* los pequeños!...

Y para recordarme siempre y no olvidar aquellos días felices de risa, ha puesto a uno de sus hijos mi nombre: *El Canguro Bombón*.

¡Y tiene unos ojos más vivos!...



Si os interesan los primeros números de EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO, pedidlos en seguida al Apartado 33, Madrid, antes de que se agoten los que quedan.



Debéis coleccionar los cupones del Quijote aunque no tengáis los primeros números, pues no os pesará. Ya lo veréis.

# El fantasma Federico es, además, un buen chico

Cuento, por José Santugini :-: Dibujos de Alma Tapia

## I

Mi verdadero nombre es Jorge; pero todos, amigos, compañeros y hasta familiares, me llaman «el náufrago»; sin que ello, naturalmente, me disguste, porque reconozco que les sobra razón para denominarme de ese modo.

Tengo ahora cuarenta años, y recuerdo que cuando subí a un barco por vez primera apenas si tenía quince. Pues bien: en todo este tiempo, los naufragios sufridos por mí ascendieron a treinta y dos, y espero, si la suerte me ayuda un poco, alcanzar la respetable suma de cincuenta antes de morir. Será una especie de bodas de oro con las islas deshabitadas o salvajes.

Al principio le confesaré que temblaba a la sola idea de que la embarcación se fuese a pique; pero ahora—y no lo tome por inmodestia—no siento temor alguno, sino al contrario, y, a la menor alarma, preparo una balsa que llevo siempre conmigo, un «salvavidas», unos cuantos víveres, y, sin más ni más, me lanzo tranquilamente al agua.

He descubierto varias islas, a las que he bautizado con los nombres de «La Estrecha», «La Isla de los Siete Días»—porque en ella permanecí una semana justa—, «La Escondida», «La Isla del Tesoro»—porque descubrí entre su arena una mina de brillantes—, «La Isla Mayor», «La Isla Menor», «La Isla Mediana», «La de las Tortugas», «La de las Focas» y «La del Pirata»; he convivido con diversas tribus salvajes, muchas de ellas antropófagas; he cazado ballenas y tiburones, y he presenciado espectáculos emocionantes y sorprendentes en todos los mares y puertos del mundo; pero hoy me limitaré a referirle la extraordinaria aventura del faro, advirtiéndole, de antemano, que me importa muy poco que usted me crea o deje de creerme. Yo refiero lo sucedido, y usted hace los comentarios que le dé la gana.

La opinión de usted, señor, me inquieta menos que un fuego a bordo y en alta mar.

## II

El velero *Princesa* naufragó hace cinco años. Yo pertenecía a su tripulación, y, según tengo entendido, fui el único que logró salir con vida del accidente.

Cuando me recogieron días después en la playa de una isla pequeña en cuyo centro se elevaba, ruinoso ya, la torre de un faro que años atrás sirvió de guía a los navegantes, supe que todas las pesquisas realizadas para encontrar a

mis compañeros resultaron inútiles, y que, si no habían desistido antes de seguir buscando, es porque abrigaban la seguridad de que, más tarde o más temprano, acabarían dando conmigo, como sucedió, en efecto.

Pero lo que nadie se pudo imaginar entonces, ni ahora es probable que usted se imagine, es que aquel faro, en el que me resguardé durante algún tiempo, estaba habitado por un fantasma.

Para convencerle, voy a referirle a usted íntegramente la aventura.

Llegué a la isla que me refiero al oscurecer de un día, luego de tres de navegación sobre mi balsa de náufrago.

Una vez tomada tierra, sin pensarlo mucho, me dirigí a la torre del faro, buscando un sitio algo seguro donde pasar la noche y descansar de las penalidades sufridas. Entré, pues, en el edificio, y luego de encender un cabo de vela que hallé sobre una mesa tan vieja y sucia como los escasos muebles que en su derredor había, me dediqué a buscar un sitio en donde dormir. Por lo visto, el último habitante del faro no tenía cama, o se la había llevado consigo al marcharse para siempre, porque yo no encontré ninguna, y tuve que contentarme con dos esteras en mal uso, sobre las que me tendí a lo largo.

No puedo precisar el tiempo que estuve dormido. Lo que sí recuerdo es que, al despertarme, era aún de noche. Busqué a tientas el cabo de vela; lo volví a encender gracias a mi mechero impermeable, y permanecí un rato en silencio, escuchando atentamente, porque tenía la seguridad de que me había desvelado un ruido de chocar de hierros o cosa semejante.

Y en efecto, al poco rato oí de nuevo los golpes misteriosos.

—¿Quién anda por ahí?

—grité.

Una voz, respondiendo a la mía, dijo:

—Federico.

Y luego, como no obtuviera contestación, inquirió:

—¿Y por ahí? ¿Quién anda por ahí?

—Yo. Soy un pobre náufrago negro que se ha refugiado aquí para pasar la noche. ¿Le molesto a usted?

—No, señor. Espere un momento y bajo a saludarle. Estoy terminando de encender el faro.

Calló la voz. Y a los pocos minutos, cumpliendo lo prometido, sentí otra vez el ruido de hierros escaleras abajo y la voz de antes, que exclamaba:



el perro,  
el ratón y  
el gato...



—¡Un día, por culpa de estos escalones, me voy a dar un traspazo que para qué!

—¿Quiere usted que le alumbre?

—No, gracias; no se moleste. Conozco todo esto muy bien, pero es que...

Un estrépito ensordecedor siguió a las palabras y, rodando, llegó hasta mis pies un extraño personaje, envuelto en una sábana blanca.

—¡No lo dije!—gruñó, en tanto que trataba de incorporarse—. ¡A poco me rompo las narices!

—¿Se ha hecho usted daño?

—¿Que si me he hecho daño? Pues ¡claro! ¡Me he hecho migas un tobillo! Pero ¡no importa! ¡Así aprenderé a bajar sujetándome al barandal, que es como bajan las personas que tienen sentido común!

Conforme hablaba, habla ido yo observándole con extrañeza creciente.

—¿Qué mira usted?—me preguntó de improviso—. ¿Le asombra mi traje?

—Sí. Esa sábana...

—¡Es que yo soy un fantasma, caballero!—afirmó.

Di un salto hacia atrás.

—No se asuste. Yo soy un fantasma, pero eso no quiere decir que me coma a nadie. ¿Me he asustado yo al verle a usted? Pues ¡entonces!... A ver si es que se va usted a poner a gritar como una criatura. ¡Ayúdeme, hombre! Voy a intentar ponerme en pie. ¡Venga! ¡Cójame! ¡Aúp!... ¡Gracias! ¡Caray, me lo he debido dislocar! Me duele no sólo el tobillo, sino toda la pierna, y este costado, y el brazo derecho, y la cabeza... Bueno, es que ha sido un porrazo terrible, ¿no es verdad?

—Es verdad—dije, temblando aún.

—Tendré que darme unas fricciones de alcohol alcanforado. Pero siéntese usted, hágame el favor. Y no me mire con esos ojos, que voy a terminar por asustarme.

Me obligó después a que le refriese el naufragio.

—Bien—dijo cuando hube terminado—. Aquí esperará usted a que pase algún barco que lo devuelva a su patria.

Y luego, con una galante reverencia:

—Este faro derruido está a su disposición, caballero.

### III

Junto al fantasma Federico pasé tres días, que aún recuerdo con verdadero agrado. Era un fantasma muy simpático y ocurrente. Para entretenerme durante las horas de tedio, hacía experimentos sobrenaturales: se filtraba por las paredes, daba saltos inconcebibles, se caracterizaba de diferentes maneras, hacía juegos malabares con bolas de colorines o con las cadenas de hierro sujetas a sus pies...

Yo aplaudía al final de cada trabajo, como si estuviera en el circo.

—¡Bah! Nada de eso tiene importancia—decía él modestamente—. Sé hacer cosas admirables. Si tuviésemos una baraja...

Imitaba el rugido del león, la voz de una vieja gruñona, el silbido del tren y el canto del gallo.

Por las noches subíamos al faro. El fantasma lo hacía funcionar.

—Es una obligación que me he impuesto yo mismo desde que estoy en la isla—decía—. Me sirve de distracción, al mismo tiempo que presto un buen servicio a los navegantes.

—¿Y le pagan a usted algo?

El fantasma denegó tristemente con la cabeza.

—Nada. Hace cincuenta años presenté una instancia al Gobierno pidiendo que se me concediera un sueldo y el nombramiento de torrero; pero ni siquiera se tomaron la molestia de contestarme, y no me he vuelto a preocupar del asunto.

Me enseñó el funcionamiento de la maquinaria del faro. Y de esta forma, admirando sus habilidades o ayudándole en su trabajo, transcurrieron tres días, al cabo de los cuales cuando ya iba yo acostumbrándome a vivir en aquella forma, llegaron los que me buscaban y me recogieron para devolverme a mi patria.

Tal es la aventura, señor. Ahora puede usted decir que soy un embustero o que soy un imbécil. Me da lo mismo. Lo que sí quiero advertirle, antes de terminar, es que, gracias a mi influencia, logré del Gobierno que el fantasma Federico fuese nombrado torrero, como él deseaba y que en la actualidad percibe un sueldo de dos pesetas diarias. Me escribe con frecuencia, y en todas sus cartas me da las gracias por este favor, que, según él, no olvidará en todos los siglos que le quedan de vida.



# el pre-gone-ro

Los dos albaricoques de "Chin" y "Bely", y unas carreras de "motos".



Curiosidades.

**R**ESPETABLE público: De orden del Exmo. Sr. Alcalde de Villacaballos de Cartón, todo "ciudadano" de menos de quince años está obligado a leer el próximo número de EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO, que contiene algunas cosas de gran maravilla.

Ejemplo: Cuenta cómo el Ratón Bombón se desmaya de un susto que le da el tigre, y se va a reponerse a una montaña... y resulta que la montaña es la joroba de un animal que... que no lo digo.

Para los menores de seis años ofrece La Hoja del Nene, con el cuento de unos dientes y las aleluyas de Pepito Bicicleta, una de las cuales dice así: "Después se marcha a la escuela—en un barquito de vela".

Se publican las soluciones del primer concurso de pasatiempos y del segundo de dibujos infantiles.

¡Precioso concurso de pasatiempos dedicado a Los juguetes de Manolito!

¡Precioso concurso, con un balón y unos libros de regalo!... Este Gato Adivino inventa unas cosas... Todos los chicos deben concurrir a este concurso de pasatiempos de los juguetes.

Sólo por el pliego de Villacaballos de Cartón merece adquirirse vuestro periódico, porque viene dedicado a unas carreras de motocicletas, ya que sabemos que los niños sois tan aficionados a los deportes mecánicos. Y vienen carreteristas, médicos de la Cruz Roja, jurados aristócratas y hasta policía de carreteras. ¡Viene superior el pliego!...

Don Carloto Perra, que sigue dando la vuelta a la Tierra, se escapa de la jaula, donde le tenían las aves, engañando con gran picardía a don Loro, que es un bicho muy vanidoso.

El Mago Botijo nos habla de un animal muy grande y de un animal muy chico de la Casa de fieras de Madrid, y en la última plana el mismo Mago hace unas preguntas a un gracioso muñeco que imita a Charlot.

El Mueblista vende una rinconera y una percha a unos señores, y ya veréis cómo son dos muebles muy bromistas y hacen regañar a dos señores.

Y, por último, queridas lectorcitas, simpatiquísimas lectorcitas, veréis cómo Chin y Bely, sólo con dos albaricoques sabrosos, arreglan el problema del hambre a veinticinco fieras de las más espantosas. Veréis, veréis...

Algunos sabios alemanes han dado en tomar en serio la ciencia de Gall, llamada Frenología, que tal vez tenga algún fundamento, pero que nosotros no nos atrevemos a creer todavía.

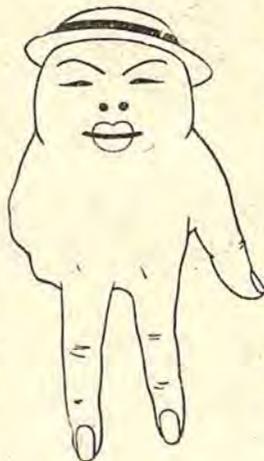
Según dicha ciencia, el cerebro del hombre funciona por parcelas, habiendo dividido en 42 departamentos el cráneo. Cada departamento de éstos se ocupa de cosas distintas. Los hay para la amistad, el cálculo, el entusiasmo, la alegría, el secreto, la guerra, el amor paternal, la idea de alimentación, la del color, la bondad, etc., etc.

Y lo más curioso es que los frenólogos aseguran que el hueso del cráneo llega como a hincharse por el lado que funciona más. El que es buen amigo, por la parcela de la amistad; el matemático, por la del cálculo, etc. Ello podrá no ser cierto, pero es curioso.

Inquieta más una molestia que un dolor. El mosquito nos inquieta más por lo que molesta su zumbido que por lo que duele su picadura. La bofetada inquieta más por lo que ofende que por lo que duele.

Claro que si todos supiéramos perdonar, las cosas se mirarían de otro modo. ¿Tenéis razón o no?

# el manco don de-dos.



En la boca del lobo y en el fondo del mar.



**C**ARACOL, caracol: saca los dedos al sol; caracol, caracol..." Así dijo Nito Tambor a su puño cerrado, para que de pronto salieran las dos patitas del manco Don Dedos.

—Me gustaría que este monigotito de mi mano hiciera hoy alguna aventura terrible. Por ejemplo: bajar al fondo del mar, meterse en la boca de algún lobo...

Don Dedos comprendió los deseos de su amo, se puso en pie y empezó a pasear por la mesa, pensando en las aventuras que había de realizar.

Pronto dió con una. En efecto, descendió gateando por una parte de la mesa, y le vimos subirse sobre los lomos de un precioso perro policía que estaba tumbado.

No se puede negar que Don Dedos es más valiente que un domador. Y no se puede negar, porque el perro, que no era de la familia de Nito, al sentir las cosquillas del valiente le había gruñido dos o tres veces, enseñándole unos colmillos blanquíssimos y agudos.

Pero Don Dedos siguió avanzando hacia la cabeza, y no se le ocurrió más que dar pataditas con su piecicito izquierdo a los cucuruchos tiesos que eran las orejas del perro gruñón.

Ya no necesitó más el lebel; tiró una fuerte dentellada, y se quedó con Don Dedos dentro de la boca.

Nito Tambor se dió un susto tremendo y tuvo serenidad para dejar el brazo quietecito hasta que el perro se serenó y abrió suavemente la dentadura fiera.

Salió el pobre Don Dedos completamente pálido, con los colmillos señalados, aunque sin heridas y cojeando un poquillo, porque le había hecho daño.

Gateando volvió a la mesa, se repuso del susto, se asomó dos o tres veces a la orilla para ver al perro..., pero no se le quitaron las ganas de aventuras. Y puesto que su dueño había pensado que le gustaría ver a Don Dedos en el fondo del mar, se fué a la sala montado en el bolsillo de Nito, se subió a la mesa del centro, saltó a la pecera, donde había dos bellos peces dorados..., y se coló tranquilamente.

¡Dios santo! ¡Qué revuelo! Los peces, asustados, coletearon por allí, dándole algunas veces con sus colas al manco. Pero el manco los perseguía con valor.

Por fin, salió, bien satisfecho de haber visto los peces en su propia salsa. Luego se fué a la ventana..., y al sol se secó, mientras veía pasar los coches.

Juan Cachete.

Chistes de Pepin.

—Oye, Arnulfo, ¿te gusta la hija de don Timoteo?  
—No; y me alegra.  
—¿Por qué?  
—Porque si me gustara me casaría con ella. Y como no me gusta, pues íbamos a ser muy desgraciados.

En el Círculo. Discuten dos, y dice uno:  
—Le apuesto a usted una caja de puros, como este que le he dado, a que esa joven se llama Luisa.  
—No apuesto la caja, no.  
—¿Teme usted perder?  
—Temo ganar.

# La persona, el animal y el mueble.

LOS DIBUJOS INFANTILES.—Bases que debéis de leer con atención antes del envío, si no queréis que el dibujo vaya al cesto:

1.º Cada uno de los dibujos vendrá acompañado del CUPON.—2.º Sus cuatro lados tendrán exactamente SIETE CENTIMETROS cada uno.—3.º Estarán dibujados con tinta NEGRA.—4.º Tendrá una PERSONA (sea hombre, mujer, niña o niño), un ANIMAL (insecto, pez, ave o cuadrúmano, si no es copia de uno de los tres bichos de este periódico) y un MUEBLE o un cacharro.—5.º Se acompañará muy CLARO el nombre.—6.º Pondréis la siguiente dirección: "EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO. Dibujos. Apartado 33. Madrid."

En el próximo número se publicará el resultado del concurso de dibujos infantiles de los números 5, 6, 7 y 8.



102.—Antonio Molina. Málaga.



103.—Teresita Martínez. Madrid.



104.—Blanquita del Río. Madrid.



105.—Antoñito Martínez. Madrid.



106.—Matías Rodríguez. Salamanca.



107.—Estrellita Carbonell. Córdoba.



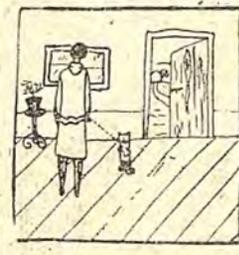
108.—Mariano M. Lampreabe. Madrid.



109.—Alfonso Blanco. Valencia.



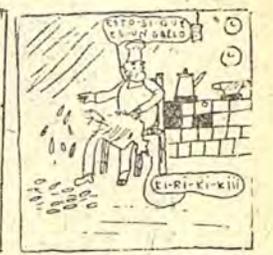
110.—Antonio Rodríguez. Balmes de la Moraleda (Jaén).



111.—Julia R. Romero. Cádiz.



112.—Josefina Morales. Madrid.



113.—Pedro Molina. Málaga.



114.—Luis F. García. Almería.



115.—Gaspar Murillo. Fuente Ovejuna (Córdoba).



116.—Salvador Ruiz Torres. Cádiz.



117.—Jaime Navarra Tort. Tarragona.



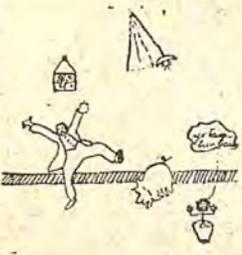
118.—Francisco Peiró. Madrid.



119.—Jesús Calderón. Madrid.



120.—J. Calderón. Madrid.



121.—Sarita Borrell. Madrid.



122.—Mariano N. Varadé. Salamanca.



123.—Linita Martínez. Madrid.



124.—José Núñez. Salamanca.



125.—Aurorita Baicaca. Cartagena (Murcia).

## COMENTARIOS QUE HACE EL GATO A DIVINO MIRANDO LOS DIBUJOS INFANTILES

102. Conste que el ratón es saladísimo, Antoñete.—103. El pedazo de pan está diciendo "cómeme", y el perro dice "te como".—104. ¡Buen dibujo! El cazador tiene buena tripilla, y el perro, poca. Por lo visto, el amo se lo come todo.—105. Quisiera ser tan alto como la luna, para ver la jirafa de Antonio.—106. Muy bien ese paisaje americano y el bravo caballo... manso.—107. Me gustaría oír lo que canta ese monstruo, que ha despeinado los rayos del sol.—108. El once del Mariano F. C., contra el once del Pájaros F. C., ¿verdad?—109. Chico, ¡si dan ganas de ponerse a patinar por el dibujo de Alfonso!—110. El paisaje es delicioso, pero si se les cae una nube encima, los aplasta.—111. Advierto que a Julia le gusta la casa bien puesta; eso está bien.—112. ¿Verdad, lectores y amigos, que el dibujo de "Fina" tiene emoción?—113. Me imagino a Pedrito ir a la cocina a copiar al cocinero..., y de paso comiéndose las patatas.—114. La importancia que vamos tomando los bichos se ve en que el perro se sienta, y el otro, no.—115. Si ponemos el papel de escribir sobre los lomos de la cebra, sí que se escribirá derecho.—116. La mosca se sostiene cogida a la pared; pero la mesa, ¿cómo se sostiene? El dibujo, magnífico.—117. ¡Lástima que no se vea el dibujo bien, por no venir con tinta negra, como tengo mandado!—118. La persona, el animal y el mueble, y los tres a cual más salados.—119. ¿Sabes, Jesús, por qué está gracioso el dibujo? Porque tiene buena sombra.—120. ¡Qué cara de espanto tan bien dibujada tiene la señora esa, chico!—121. ¡Estupendo! ¡Todos bailan! La persona, el animal, el mueble y hasta la luz...—122. Está tan admirable la cesantía de ese hombre, que a Bombón hasta le da pena verlo.—123. Linita ha hecho un magnífico dibujo, que hasta huele a mojado.—124. ¿Que Pepe va a ser un gran caricaturista? Eso se está viendo a la legua.—125. Por lo que veo, a mi pobre hermano le ha pillado el "auto". ¡Pero no le ha pasado nada! Bien el dibujo.

el perro,  
el ratón y  
el gato.

Ayuntamiento de Madrid

# Todo el pueblo de Villacaballos de cartón



106



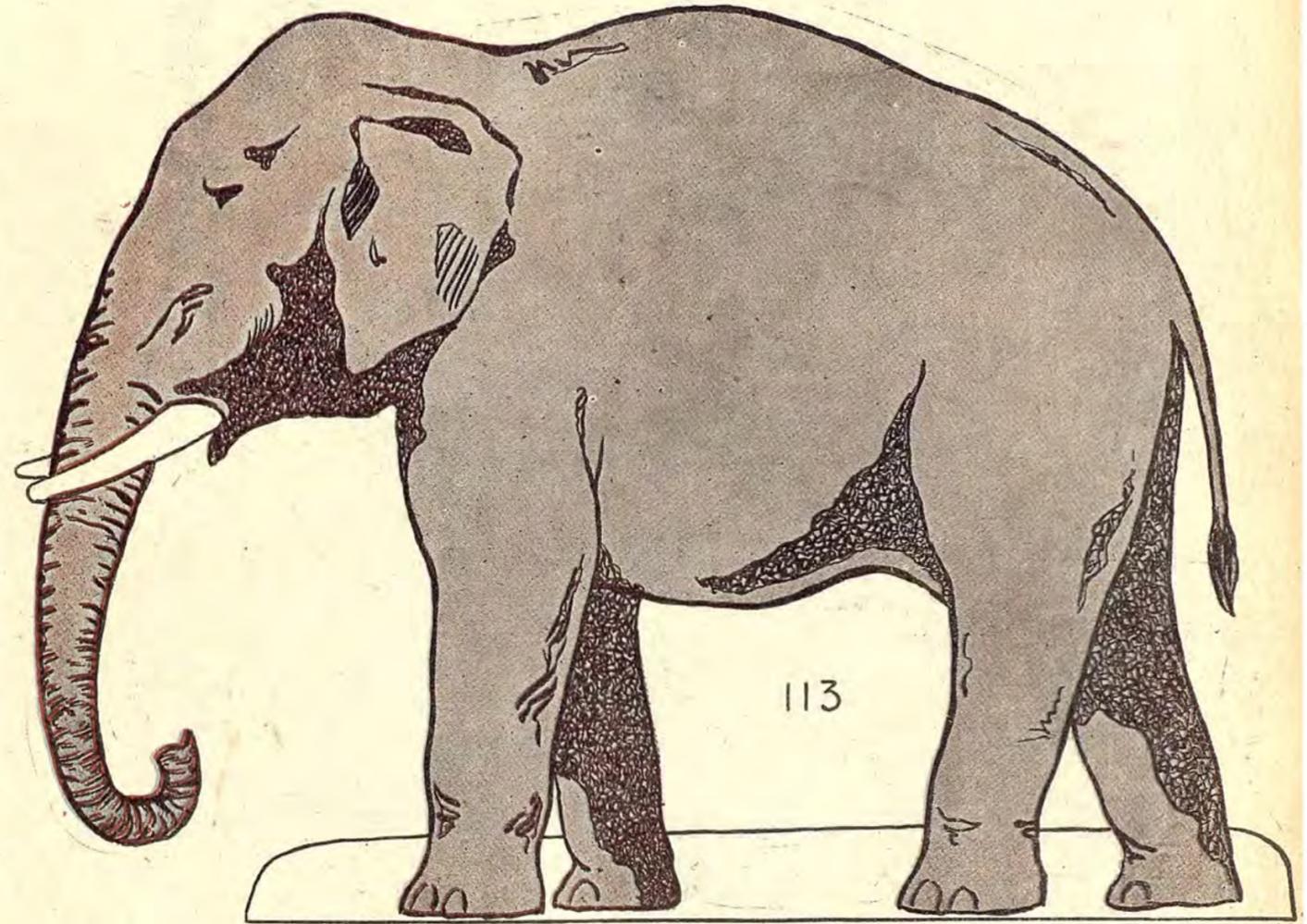
107



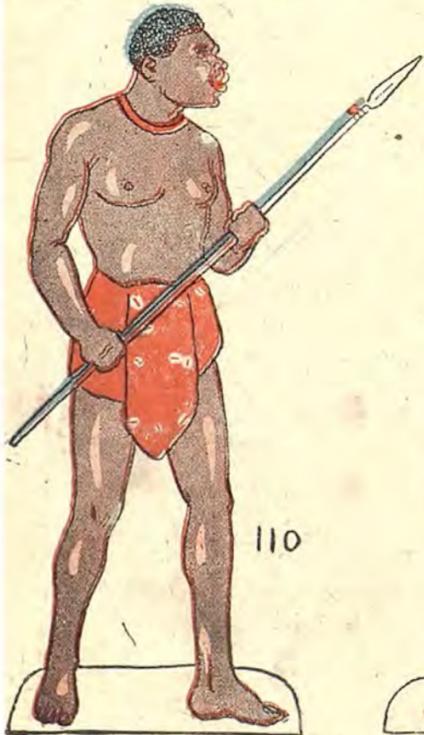
108



109



113



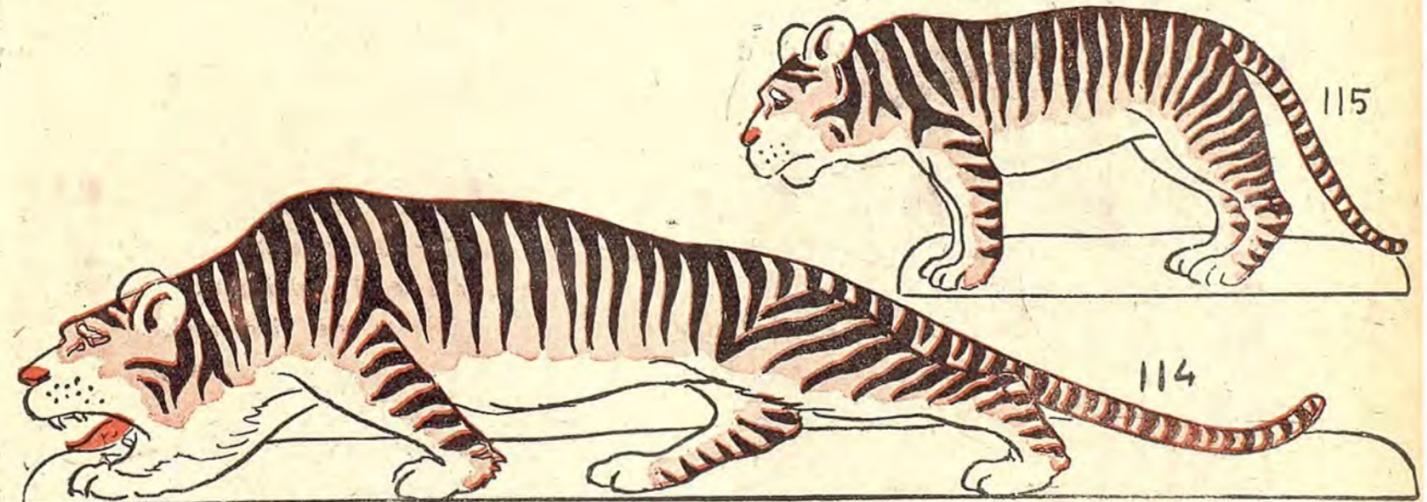
110



111



112



115

114

## LA FRASE

### DE DON QUIJOTE

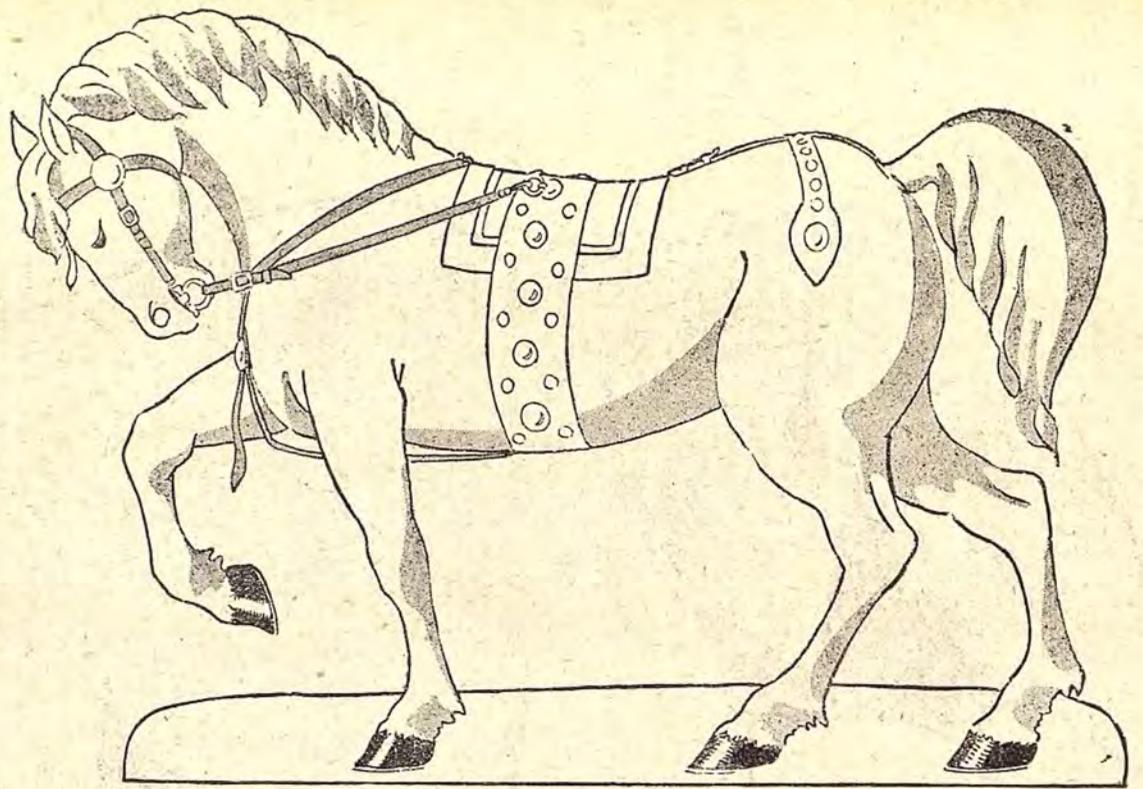
La frase que se publica en el número 8 pertenece al capítulo .....

(Este cupón no se enviará hasta no reunir 40 ó 42 de esta serie.)

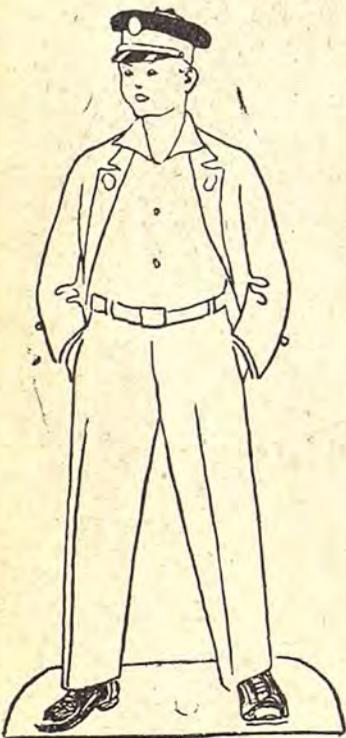
PLIEGO OCTAVO.—El duque de Soldeoro y su familia, han ido de cacería a las selvas. Hoy publicamos sus fotografías, la de sus ayudantes y la de las piezas cogidas vivas.—106. El duque de Soldeoro, que, siendo joven, fué otra vez de caza, y le quitaron la gorra; creyó que era una broma, y era un elefante.—107. María de los Angeles Soldeoro, sobrina del duque, valiente, que fué la primera en llegar cuando el tigre cayó en la red.—108. Alberto, sobrino del duque, que en el viaje de vuelta ha logrado la simpatía del elefante, a fuerza de azúcar.—109. Domingo, llamado así como el negro de Robinsón, que desde un escondite se tiró a los cuernos del antilope, y así le cazó.—110. Morenito, fiel ayudante del duque, como Domingo, que le defendía a estacazos de las serpientes venenosas.—111. Carloto Perra, como le llama Alberto en broma; es un hijo de Morenito, que viene a Villacaballos con deseo de quedarse de criado en casa de los duques.—112. Antilope cogido en la cacería, que no es nada cariñoso, aunque tampoco es fiera.—113. Elefante llamado Pirineos, algo amigo ya de Alberto Soldeoro.—114. El tigre Gatazo, que cayó en la red al ir a coger un trozo de jamón que le había puesto de cebo, y que luego se comieron los cazadores.—115. Rayitas, hijo de Gatazo, cogido sin red ni lazo, porque vino siguiendo a su padre. En el camino se hizo bastante amigo de Carloto Perra, el negrito que le daba en la mano rodajas de salchichón, le rascaba la cabeza y jugaba con una pelota atada a una cuerda.

## EL GATO ADIVINO

Cupón C para el envío de las soluciones correspondientes a los números 5, 6, 7 y 8.



Lo que  
ha pasado  
esta semana  
en  
Villacaballos



**E**STA semana el suceso más importante de Villacaballos de Cartón ha ocurrido en el circo, y se lo contaremos a nuestros lectores, que tan interesados están en las cosas de este admirable pueblo.

Estaban en la función de gala, con asistencia del gobernador, el alcalde, las señoras más elegantes y todos los niños de los colegios, y después del número de los leones, que gustó mucho, salió el número de *Miss Estrella*, caballista, que hace a su gran jaco "Plughman" (*Labrador*) arrodillarse, tumbarse, trotar, ponerse de manos, cocear, etc., sólo con dar una voz.

El caballo es buenísimo, y come chocolate con bizcochos con su dueña en el jardín. Pero el otro día, cuando estaba trotando por la pista con *Miss Estrella* de pie encima, rugió desde dentro el león, el caballito se asustó seguramente, tropezó y la pobre y linda señorita salió despedida, cayendo

sobre el púbcico y haciéndose unas tremendas heridas en una mejilla y en un brazo.

"Plughman", aterrado de lo que había hecho, él mismo alargó el cuello, la cogió por el cinturón y la llevó al botiquín de urgencia, donde la curaron y vieron que no era de gravedad el golpe.

Pudo trabajar al siguiente día; pero el caballo ha pasado dos días sin probar la cebada, del susto que se dió. Esto es lo más importante de la semana.

*El Ratón Bombón.*

*Como Miss Estrella cayó sobre la familia del colegial llamado Luis, del cual publicamos hoy aquí el retrato, y el niño sufrió un buen golpe en la cabeza, la gran caballista le ha enviado de regalo los 26 CUENTOS INFANTILES EN ORDEN ALFABETICO, escritos por Antoniorrobes, que son tres tomos que tienen ya muchos niños de España y de Villacaballos.*

el perro,  
el ratón y  
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



**Y**o tenía muchas ganas de ir a Valencia, la bella Valencia, y en mi aeroplano llamado *Españita* monté y allá me fuí. Resulta que casi está cerquísima. Si un día hacen una carretera directa desde Madrid, o un ferrocarril directo, podrá uno ir y volver en el día. Y será una buena cosa para Valencia; pero también será una buena cosa para Madrid, que tendrá un puerto de mar.

Aterricé en la huerta. ¡Qué bellísima es la huerta valenciana, chiquillos! ¡Qué luz, qué cielo, qué flores, qué barracas tan blancas, qué valencianas tan guapas, qué tartanas tan características!... Jamás, en ningún sitio, he visto una transparencia tan enorme en el ambiente. Quiero decir que se ven con el mismo detalle las cosas de cerca o lejos.

Hablé con un valencianito, que como todos los valencianos tenía gran deseo de atender a los forasteros.

—¿Te gusta tu huerta?—le pregunté.

—Claro que me gusta. Además la quiero mucho, porque la huerta es lo que da más riqueza a Valencia. La vida de Valencia es eso: la huerta, la cerámica, el puerto, que se llama el *Grao*..., pero también tiene muchas fábricas.

—¿Cerámica, dices?

—Ya lo creo. No sólo está la fabricación de porcelana de Manises. Hay muchas más, algunas también muy artísticas. Valencia es tierra muy artista. Aquí han nacido artistas muy notables: antiguos como Ribera, modernos como los pintores Sorolla y Picasso; Benlliure y Capuz, escultores; Blasco Ibáñez, escritor, y el músico José Serrano. También las fiestas valencianas demuestran que es un pueblo de artistas, puesto que hacen esas cosas que llaman *fallas*, que luego las queman en San José, para las que construyen figuras, escenas y mil cosas, a veces muy bien hechas, y todo lo rodean de músicas.

—¿Y tiene buenos monumentos?

—Ya lo creo. Tenemos nuestra torre importante, que se llama el *Miquelete*. Es la torre de la Catedral. ¡Buena Catedral! Del siglo XIII casi toda. Y con tres preciosas puertas: una bizantina, otra gótica y otra plateresca. Además está *La Lonja*, que tiene artesonados, o sea adornos del techo, de una belleza artística extraordinaria. En *La Lonja* es donde se hacen las contratas de los agricultores. Y también están las torres de Serranos del siglo XIII, y las torres de Cuartos, que eran puertas de la ciudad.

—Dime los pueblos importantes.

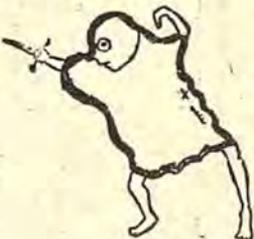
—Verás: Albaida, Alberique, Alcira, Ayora, Burjasot, Carcagente, Carlet, Chelva, Chiva, Enguera, Gandía, Játiva, Liria, Manises, Onteniente, Paterna, Reguera, Sagunto, Sueca, Torrente y Villas del Arzobispo; todos pueblos enriquecidos por el trabajo.

Ya me iba a marchar. Pero el valencianito me convidó a un arroz riquísimo, de sus arrozales, y a dar una vuelta en barca de vela por esa inmensa laguna bellísima que llaman la *Albufera*.

## El gran viajero.



Valencia, la tierra de las huertas, del arroz y de los artistas.



Botón del Aire.

**E**L príncipe siguió su marcha, deseoso de dar con la flor morada que a su hermano devolvería la salud, y a su padre la felicidad.

El valle entero sabía ya que un príncipe andaba por él, porque había corrido la voz de que dió generoso sus dineros a aquellas familias que perdieron todos sus bienes con la tormenta.

Por eso unos bandidos se propusieron capturarlo vivo, para pedir por él buenos dineros.

Algo se sospechaba el príncipe Pepe, que de cuando en cuando había visto cruzar allá lejos caballos montados, y hombres que desaparecían entre las rocas. Pero él siguió tranquilo, con las armas preparadas.

Y he aquí que iba caminando por una senda que pasaba a unos metros de unas rocas cuando vió salir de entre ellas un lazo certero, bien lanzado, del que no tuvo tiempo de librarse, quedando aprisionados sus brazos y su cuerpo.

Dos hombres surgieron de entre la peña, y tiraron de la cuerda con tal destreza, que al mismo tiempo iban montando en dos caballos vivos y veloces, aunque no fueran de mucha alzada.

Salieron corriendo con el príncipe atado, y ya vencido por la velocidad de los jacos, cavó al suelo... Y cuando temió que aquello fuera su muerte, fué su suerte, porque dió su mano con una de esas raíces que salen y entran otra vez, de los árboles viejos, y se agarró firme.

El que iba tirando de él, sintió el tirón y cayó al suelo. Con eso se aflojó la cuerda y se deshizo de ella el príncipe, con esa agilidad de deportista que tenía. Inmediatamente tiró dos tiros al aire, y el otro caballista salió corriendo, para esconderse detrás de unas nuevas rocas y desde allí dispararle.

Pero cuando se volvió, José estaba ya al lado del caído, que no podía levantarse, y le apuntaba con la pistola, indicando así que si disparaba el otro moriría éste.

Pudo gritar:

—Tira tu arma y ven aquí, si no quieres que mate a tu amigo.

Vino acobardado. Le preguntó por la flor morada, que era lo que le interesaba; les machacó las armas con una gran piedra y se marchó tranquilamente, ya que por allí nadie conocía la flor deseada.

### Paco Metro y Picó.

\*\*\*

En París se ha establecido el servicio público de taxis aéreos. Dos aviones, uno de cuatro asientos y el otro de tres, estarán en una parada exactamente igual que los autos.

El recorrido deberá ser a alguna de las playas de moda y a puertos de embarque.

Se ha fijado la tarifa del servicio, que es unos diez francos por kilómetro.

Ya no cabe más adelanto, como no sea que se les pueda decir:

—¡Chofer, a la luna!...

\*\*\*

El ratón decía que él sacaría la lengua a los hombres anteriores al siglo de Colón, y les decía:

—Habéis hecho el primo, porque habéis estado creyendo siglos y siglos que la Tierra era plana... y ya veis.

Pero el gato Aditvino le contestaba: —Hablás muy mal, porque no sabemos qué misterios revelarán los siglos futuros, y podría haber perros, o gatos, o ratones, que se burlaran de nosotros por haber sido unos ignorantes.

## El príncipe pp.



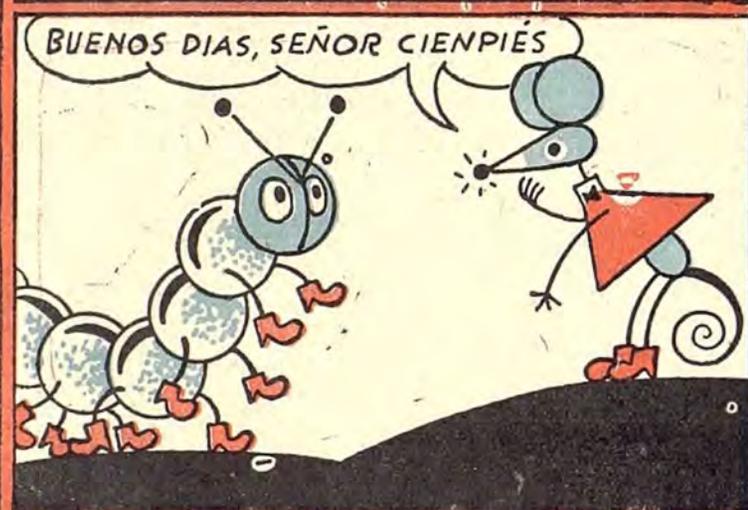
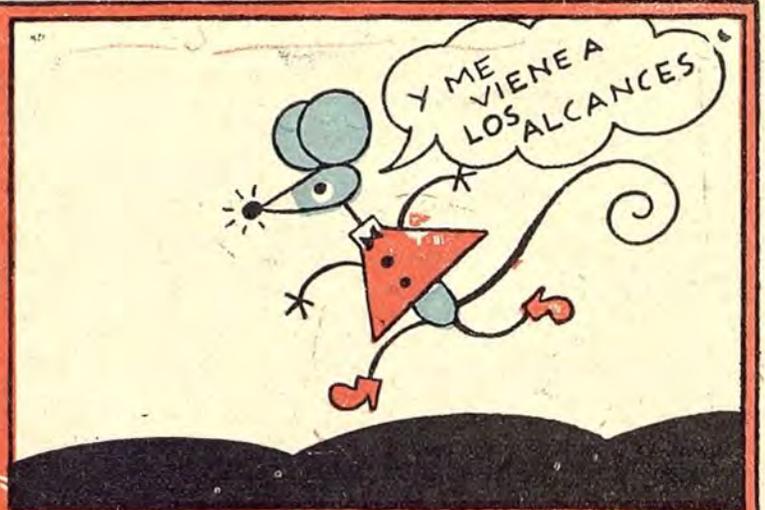
El lazo corredizo y las pistolas machacadas.



Curiosidades.

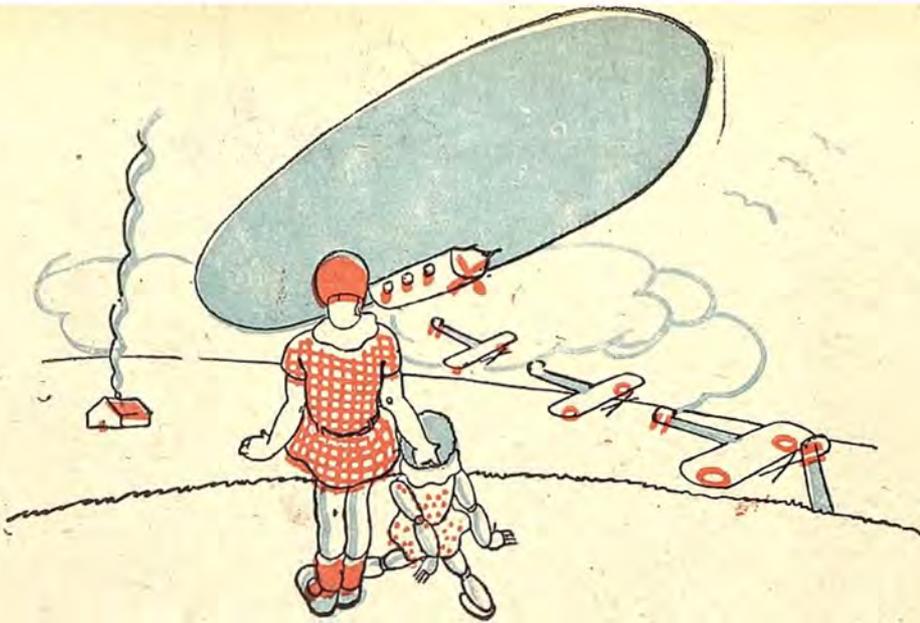


# Un truco del ratón don Paco



López Rubio

# Los domingos de Chin y Bely



Bely cogió a su Chin de su alma y la dijo:

—Hoy vamos a meternos por la parte más espesa del bosque: por la selva agreste, por, donde no hemos ido nunca. Yo sé que por allí están las fieras más terribles, las más hambrientas; si nos comen, sería un dolor, es verdad; pero si podemos evitar ser sus víctimas, nuestra satisfacción será enorme. ¿No te parece?

—Como todo lo tuyo, me parece magnífico—respondió Chin—. Sin embargo, confieso que me dan miedo estas aventuras, no por mí, que, como soy muñeca, apenas sufro, sino por si te pudiera ocurrir algo a ti.

Poco a poco se fueron metiendo por la selva, y procuraron escapar bullirse de una pantera que iba de prisa, y que por su prisa no se fijó en ellas.

Resultó que iba de prisa porque tenían cita las fieras en un clarito del bosque, entre grandes árboles. Chin y Bely se enteraron por un periquito verde, muy charlatán y simpático.

Bely le dijo:

—Te ruego encarecidamente que te acerques a uno de esos árboles y escuches lo que dicen. Necesito saber qué es lo que se proponen.

Fuese el periquito, y entretanto la niña y la muñeca estuvieron hablando con un grillo, que había venido desde la ciudad, escapado de un bote de Manolito, un colegial de Villacaballeros de Cartón que verías en el cuarto pliego.

Por fin volvió el periquito y dijo:

—Ya han resuelto eso del hambre lo menos para un mes.

—¿Y cómo?—preguntó Bely, preocupada.

—Muy bien. Todos los domingos pasa sobre la selva un dirigible de viajeros, de turistas, que van viendo ciudades desde lo alto, y las fieras han decidido que cuando pase esta tanda, que ya no tardará, suban las águilas y un cóndor que es muy terrible, desgarran la tela y caigan todos... ¡Cómo se va a poner de turistas la tripa de los leones!...

—¿Y eso te parece a ti muy bien?

—Naturalmente. Vosotras no sabéis los periquitos que se han comido ya esos bárbaros. A ver si así nos dejan en paz... Se subían a los árboles a cazarnos...

—¡Oh!, no, esto no puede ser—dijo, asustadísima, Bely, paseándose por allí para pensar alguna resolución... Y entretanto, la muñeca decía al periquito:

—¡Parece mentira que un pájaro como tú, tan salao, tan simpático, se alegre de un disparate tan grande! Yo lo siento por mi hermana de carne, que sufre mucho con estas cosas... Es necesario que lo arreglemos, amigo mío...

—A mí me conviene que tiren el globo, porque así no me comerán en un mes.

Dos hienas habían oído ya a Bely y la andaban buscando, cosa que ella no había notado aún. Pero en esto apareció por el horizonte, majestuosamente, el dirigible, y todas las fieras pusieron tiesas sus orejas, en señal de que estaban sólo atentas al globo.

A Bely se la saltaban las lágrimas ya, y Chin sufría hablando con el periquito. Este sintió pena al ver cómo tenían angustia las dos niñas, y preguntó:

—Bueno, haré lo que queráis. ¿Puedo hacer algo por salvarlos?

—Sí que lo puedes hacer—dijo la muñeca—. Como los periquitos y los loros a veces dicen algunas cosas como las personas, vete volando al globo. Todavía no van las águilas, porque esperan a que pase sobre la misma selva. Vete, pues, antes, y diles así: «Van a rasgar el globo las águilas...» Si lo haces, ya verás cómo Bely te premiará bien.

El periquito se aprendió esas palabras y voló a decirlo. Pero ya era tarde para que diera la vuelta el aeróstato. Estaba sobre el bosque, y ya iban las águilas veloces.

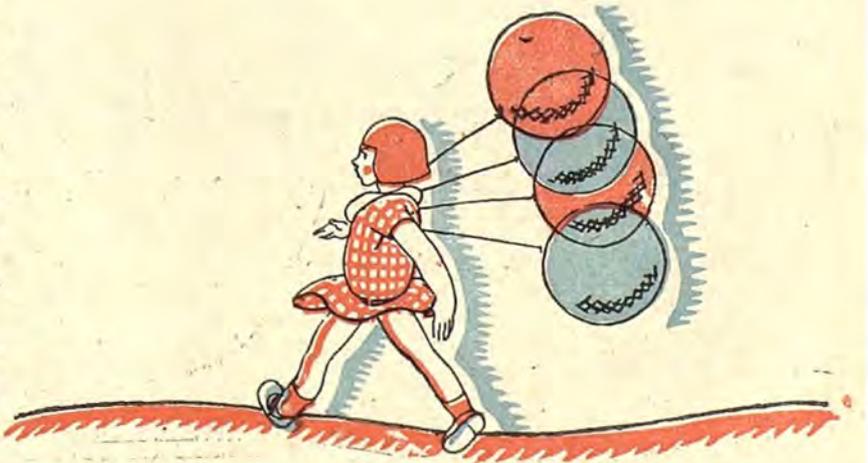
Chin y Bely lloraban, comprendiendo que sus esfuerzos eran inútiles. Mas de pronto vieron que de debajo del gran dirigible arrancaban suavemente uno, dos, tres, cuatro aeroplanos, que llevaban entre los cuatro toda la tripulación. Las águilas desgarraron las telas, y el globo cayó como muerto.

Los leones, los tigres, las panteras, las hienas, las águilas mismas, corrieron a coger carne humana fresca..., pero se encontraron burlados.

Chin y Bely huyeron en puntillas, llegaron a casa, y como habían dado sus señas al periquito, todos los días le ponen en la ventana un platito con chocolate y un bizcocho, que le gusta con entusiasmo.

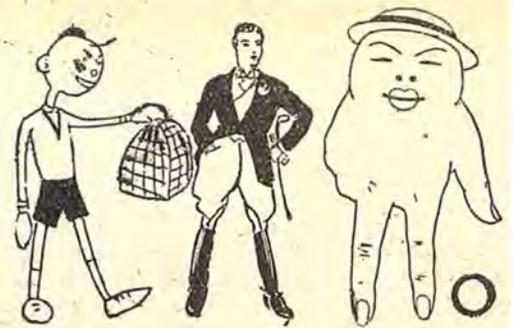
Y como la salvación había sido entre el pajarito y Chin, la niña regaló a su muñeca cuatro globitos de colores para recuerdo, sin contar los regalos de joyas y buenos duros que les hicieron los turistas del dirigible cuando se enteraron de que se salvaron por ellas. Y claro que con esos duros compraron trajes para los chicos de los pescadores y de los leñadores.

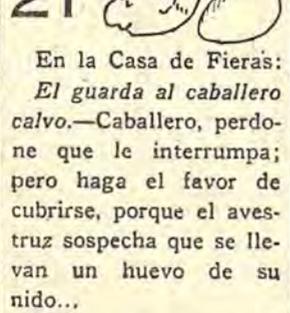
Tinita



# JUEGO DEL CHISTE

Carloto, el príncipe PP y don Dedos emprenden un viaje a Villacaballos. Tres niños deben elegir cada uno de los personajes, y si no hay tres, que jueguen dos, y uno de los personajes se queda en casa. Para moverse por el plano, coja cada uno una moneda distinta: "perras gordas", "chicas", cuproníqueles o pesetas. Para ver cuánto se avanza, se hace con un dado, y si no lo hubiera, con una baraja, quitando antes las figuras. Se sale del cero. Como los seis chistes que hay en el juego son muy malos, el que caiga en ellos debe huir, repitiendo el número que le hubiera correspondido. En los demás cuadros está indicado cuánto avanza o se retrasa el jugador, cuándo permanece quieto o cuándo muere. Si no se indica nada de eso, se está uno quieto. Si al llegar a Villacaballos no se hace con número exacto, se vuelve hacia atrás, como en "La oca". No vale arrancar la hoja del periódico. Los chistes están en los números 5, 8, 13, 16, 21 y 24.



<p><b>13</b> </p> <p>Entre dos leones que tienen que trabajar en una película: —¿Nos saldrá bien la película que estamos ensayando? —No nos saldrá ni bien ni mal, porque me he comido esta mañana al director.</p>	<p><b>14</b> </p> <p>¡Buen salto! (Al 15.)</p> <p>De un salto me he plantado aquí.</p>	<p><b>15</b> </p> <p>De un salto me he plantado aquí.</p>	<p><b>16</b> </p> <p>—¿Sabes cuál es el colmo de un pescador? —No lo sé. ¿Cuál es? —Echar el anzuelo desde las tapias de un huerto para ver si pican los pimientos.</p>	<p><b>1</b> </p> <p>Empezamos bien.</p>
<p><b>12</b> </p> <p>Soy el de la suerte y me voy a buscar mi cuerpo. (Al 20.)</p>	<p><b>23</b> </p> <p>¡Estos me comen! (Pierde.)</p>	<p><b>24</b> </p> <p>—Niño, ¿has visto unos sellos que había en mi mesa de despacho? —Sí, papá. Me los he comido. —¡Insensato! —¿Pero no dices que los sellos de "quince" son para el interior?</p>	<p><b>17</b> </p> <p>Me voy con "Chin". (Al 2.)</p>	<p><b>2</b> </p> <p>¿Cuánto tiempo tarda en venir mi burrito!</p>
<p>Vamos al médico porque el can me ha mordido. (Al 6.)</p> <p><b>11</b> </p>	<p><b>22</b> </p> <p>Aquí hago noche. (Una vez sin jugar.)</p>	<p><b>25</b> </p> <p>Villacaballos Alegria y música</p>	<p><b>18</b> </p> <p>¡Ay, qué golpe me he caído! Me voy al médico. (Al 6.)</p>	<p><b>3</b> </p> <p>Buen viaje, compañeros!</p>
<p><b>10</b> </p> <p>He invitado a Tréspelos a comer de este queso.</p>	<p><b>21</b> </p> <p>En la Casa de Fieras: El guarda al caballero calvo.—Caballero, perdóne que le interrumpa; pero haga el favor de cubrirse, porque el avestruz sospecha que se llevan un huevo de su nido...</p>	<p><b>20</b> </p> <p>A ver cuándo viene la cabeza del Gato Adivino.</p>	<p><b>19</b> </p> <p>Paciencia. (Dos veces sin jugar.)</p>	<p><b>4</b> </p> <p>Soy de Mihura y me voy a comer queso con Bombón. (Al 10.)</p>
<p><b>9</b> </p> <p>Está usted delgada. Vaya a ver al médico. (Al 6.)</p>	<p><b>8</b> </p> <p>El maestro, en la calle.—Pero, Joaquinito, ¿no ha dicho tu hermano que estabas enfermo en cama? —Sí..., sí..., sí, señor. Lo estoy; pero es que voy a avisar al médico.</p>	<p><b>7</b> </p> <p>Un piel roja nos coge. Nos rescatan desde la ciudad. (A empezar.)</p>	<p><b>6</b> </p> <p>Aquí vive el médico.</p>	<p><b>5</b> </p> <p>En la zapatería: —¿Y no tiene usted nada más grande que probarme?... —Como no quiera probarse las cajas.</p>

el perro,  
el ratón y  
el gato...

—¿El que usaba una manga encarnada?

—El mismo.

—Estaba sentado junto a nosotros.

—Es cierto.

—¡Ah! Encuentro natural que digáis que es un hombre extraño; lo es más de lo que parece. Si, le vi y le conozco; tal vez soy el único de los que estaban en la sala que podrá decir otro tanto; me engaño; había también "otro"—continuó Saint Vraint con una sonrisa significativa—. Me deja perplejo que haya asistido al baile; no lo comprendo, y no creo que Armijo, el gobernador, le haya visto. Pero continuad.

Conté a Saint Vraint toda mi conversación con el desconocido, y le expliqué cuáles habían sido los incidentes que habían ocasionado la ruptura de la paz en el baile. —¡Es raro! ¿Para qué diablos necesitáis vuestro caballo? Un viaje de doscientas millas y un ofrecimiento de mil duros! No me lo explico.

—Capitán—me dijo Godé, que me daba este título desde que había cabalgado sobre un búfalo—, si ese señor ha viajado doscientas millas para ofrecer mil pesos, es señal de que le gusta mucho "Moró", que tiene una posición por vuestro caballo. ¿Por qué no os lo roba? Así lo tendríais más barato.

Estas palabras me sobresaltaron y miré con inquietud a Saint Vraint.

—Si me lo permitís, capitán—continuó Godé dirigiéndose hacia la puerta—, voy a ocultar vuestro caballo. —No os molestéis, canadiense, por lo que respecta a la persona de que nos ocupamos. No se apoderará del caballo; pero bueno es que toméis algunas precauciones para poner en seguro al animal. Hay en Santa Fe bastantes ladrones para robar todos los caballos de un regimiento. Haréis bien en atarle por aquí, junto a la puerta. Godé, después de encomendar a Santa Fe y sus habitantes a todos los demonios del infierno, salió de la habitación.

—¿Quién es ese hombre que parece estar tan envuelto en el misterio?—pregunté a mi amigo.

—¡Ah, si le conocierais!... Va os contaré algunas cosas extrañas, pero no esta noche, porque tal vez os encontraré allí.

—¿Observasteis en el salón a un hombre extraño?... no me encontraba allí.

—Estáis corriendo—dijo Saint Vraint, después que hubo clavado el último alfiler, y de colocarme en la posición más cómoda—. ¿Queréis decirme ahora cuál ha sido la causa de la lucha en el baile, y por qué habéis descompartado en ella este papel? Gracias a la Providencia, el mejor cirujano no podía haber hecho más.

—El mejor cirujano no podía haber hecho más.

—Podía disponer, la cual fué fijada por medio de vendas. herida alquidón sin cardar, la mejor compra de que se sentí el frío del agua, y después que me aplicaban a la tiempo que daba a mi amigo lo que le pedía.

—¡Maldito asesino!—murmuró el canadiense, al mismo tiempo.

—¿Es profunda?—pregunté.

—No tanto como un pozo ni tan ancha como la huella de un carro—me contestó mi amigo—. No corréis peligro, caro amigo, a Dios gracias, y no al hombre que maneja el puñal, quien no me cabe duda que tenía intención de enviaros al otro mundo. Veo que ha sido un chillo mejicano el que os ha herido tan bárbaramente. ¡Por el cielo, Haller, habéis corrido un grave peligro; pocas líneas más y no lo contaríais. Godé, dadme una esponja.

—Maldito asesino!—murmuró el canadiense, al mismo tiempo que daba a mi amigo lo que le pedía.

—Sentí el frío del agua, y después que me aplicaban a la herida alquidón sin cardar, la mejor compra de que se podía disponer, la cual fué fijada por medio de vendas. El mejor cirujano no podía haber hecho más.

—Estáis corriendo—dijo Saint Vraint, después que hubo clavado el último alfiler, y de colocarme en la posición más cómoda—. ¿Queréis decirme ahora cuál ha sido la causa de la lucha en el baile, y por qué habéis descompartado en ella este papel? Gracias a la Providencia, no me encontraba allí.

—¿Observasteis en el salón a un hombre extraño?... no me encontraba allí.

Seguín me echó una mirada de tristeza, sin que se pintara en sus ojos la más pequeña señal de cólera. Volvió a ocultar su mano bajo los pliegues de su "manga", y, después de lanzar un suspiro profundo, se volvió y salió lentamente de la habitación.

Saint Vraint, que había dejado de mirar por la ventana al terminar esta escena, se dirigió hacia la puerta y miró cómo se alejaba Seguín. Pude ver al mejicano, desde donde estaba, cómo cruzaba el patio. Se había embozado en su "manga", y se retiraba en una actitud que revelaba el peso de una pena profunda. Un instante después le perdí de vista, cuando atravesó el zaguán y se encontró en la calle.

—Hay algo verdaderamente misterioso en ese hombre—dije a mi amigo—; decidme, Saint Vraint...

—¡Silencio! ¡Mirad allí!—me interrumpió mi compañero señalando a través de la puerta.

Miré hacia donde me indicaba y observé a la luz de la luna tres formas humanas deslizándose junto a la tapia hacia la entrada del patio. Su estatura, sus movimientos y sus pasos silenciosos me convencieron de que eran indios. Un momento transcurrió y los tres se perdieron en la densa sombra del zaguán.

—¿Quiénes son?—pregunté.

—Peores enemigos para el pobre Seguín que vos lo fuerais si le conocierais mejor. Le compadezco si llegan esos hambrientos cuervos a alcanzarle en la oscuridad. Pero no; merece que se le avise y que le ayude si es necesario. Yo me encargo de hacerlo. Estad tranquilo, Haller, vuelvo al momento.

Saint Vraint me dejó solo y desde mi cama le vi salir ligero de la fonda.

Me quedé reflexionando en la extrañeza de los incidentes que parecían empeñarse en rodearme continuamente, y mis reflexiones tenían algo de penosas. Había herido los sentimientos de un hombre que no me había causado la más pequeña ofensa, y hacia el cual era evidente que mi amigo tenía gran respeto.

Sonó en las piedras de fuera de la casa el casco de un caballo. Era Godé con "Moró". Poco tiempo después, el canadiense ataba el animal en el patio.

los negros ojos de las poblanas, ya fuera por respeto o por miedo hacia el valor, cualidad que casi siempre es la causa del amor entre ellas.

Aunque las caravanas de mercaderes suplían casi todo el comercio de Santa Fe, y estaba en el interés de sus habitantes estar en buenos términos con los mercaderes, las dos razas, angloamericana e hispanoindiana, se odiaban de muerte. Este odio se hacía entonces notar en el salón, ya con orgulloso desprecio por un lado, ya con juramentos y fieras miradas por el otro.

Continuaba hablando con mi encantadora joven, sentados en la banqueta, en el mismo sitio donde la había conocido, cuando, al levantar casualmente los ojos, vi un objeto ocultarse rápidamente y en frente de nosotros al esposo de ella. No me cupo duda que lo que había llamado mi atención había sido un puñal, lo cual me decidí a estar sobre aviso por lo que pudiera acontecer. En aquel momento sentí que me tiraban de la manga. Me volví y observé que estaba a mi lado el individuo que a mi entrada en el baile había llamado tanto mi atención.

—Dispensadme, caballero—dijo saludándome con cortesía—; acabo de saber que la caravana va a continuar su marcha hasta Chihuahua.

—Es cierto; nuestros géneros no tienen aquí salida. Esta es la causa que nos obliga a prolongar el viaje.

—¿Vos partís también, no es cierto?

—Estad seguro de ello.

—Cuando volváis, ¿pensáis pasar por aquí?

—Es lo más probable; no tengo otras intenciones por ahora.

—Tal vez entonces no tendréis inconveniente en separaros de vuestro caballo. Encontraréis otros tan buenos como él en el valle del Mississipi.

—No creo probable ninguna de las dos cosas.

—Si llega ese caso, que creéis imposible, ¿queréis prometerme no venderlo a nadie más que a mí?

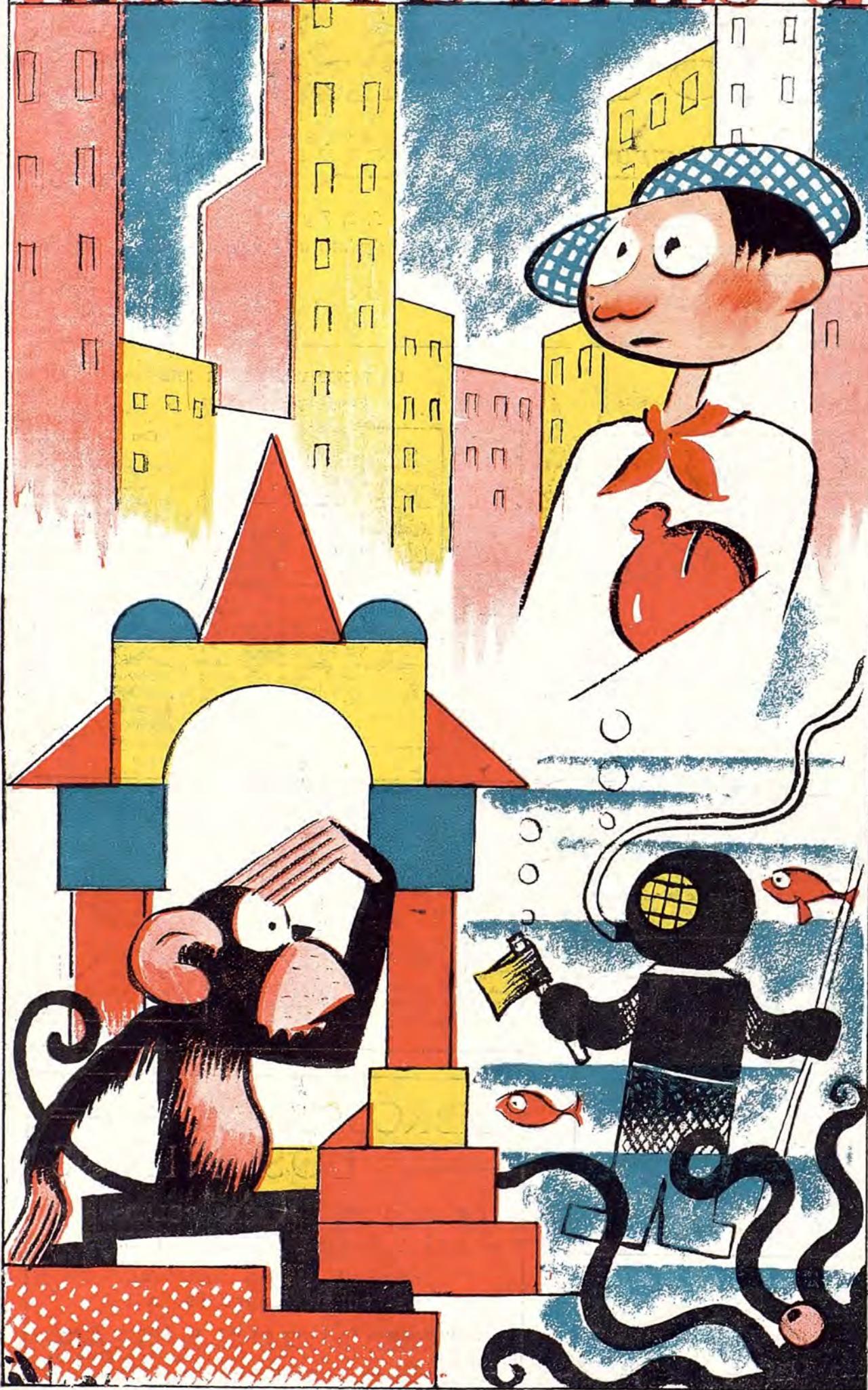
—Os lo prometo.

Nuestra conversación fué interrumpida por un misuriano medio borracho que, al mismo tiempo que pisaba rudamente los pies a mi interlocutor, le dijo a voz en grito:





# RESPUESTAS DE LOS CHICOS



Estamos frente a Julito Pérez Fenel, más bien regordete, y de diez años.

—¿Quieres salir en “eso” de la última página del periódico infantil?

—Bueno... Sí, señor.

—Entonces dime qué quieres ser.

—Arquitecto. Me gustaría hacer un rascacielos de esos que salen en el “cine”, que son tan famosos. Y me gusta mucho dibujar caritas y todo eso.

—¿Y si no fueras arquitecto?

—Pues maestro de obras, o albañil, y todo eso. Hay una obra enfrente de casa, y veo muchas veces a los albañiles subidos en lo más peligroso. Yo quisiera ser así de valiente.

—¿Qué juego te gusta más?

—Pues el de las construcciones y todo eso.

—¿Y de qué te gusta que traten los libros?

—De los misterios del mar. De los buzos, que ven las estrellas marinas y pulpos y todo eso.

—Te vamos a llamar don “Y=todo-eso”.

Se ríe Julito. Y seguimos la charla.

—¿Qué bicho te gustará más?

—El mono. Es el más divertido.

—¿Y en qué te gastarías las mil pesetas?

—Pues... pues... no sé... Las metía en una hucha, y ya veríamos en qué.

EL MAGO BOTIJO

Dibujos de Alonso.